

Viernes 19 de abril de 2013 08:01

Foro: Inseguridad Ciudadana en América Latina

Primero es un gran placer y un honor compartir esta mañana con ustedes este un ámbito de reflexión acerca de una de las problemáticas más complejas y determinantes de nuestros días.

Agradezco esta invitación por el vivo interés que ambas instituciones, el BID y el Banco Mundial, están mostrando en el proceso de pacificación que vive nuestro país, el cual ha contribuido enormemente la Organización de Estados Americanos, a través del Secretario General, el señor Insulza. Agradezco a todos los presentes que nos acompañan y que se muestren también interesados por el fenómeno tan particular que vive nuestro país en materia de Seguridad ciudadana.

Hace pocos acá en Washington estuvieron los miembros de la Comisión Humanitaria que acompaña este proceso de pacificación.

Esta es una comisión que fue constituida a instancias de la Organización de Estados Americano (OEA) y la integran un representante de la propia OEA, nuestro Ministro de

Justicia y Seguridad, algunos empresarios, representantes de organizaciones no gubernamentales, de la Iglesia Católica, académicos e intelectuales.

Ellos mantuvieron diversas reuniones para explicar este proceso de pacificación que se abierto en nuestro país, a partir de una tregua, que como su mismo nombre lo sugiere depende de la voluntad de los líderes de las dos principales pandillas que operan en El Salvador.

Quiero hacer una aclaración, hay cinco pandillas que operan en el país, las dos más grandes nacieron acá en los Estados Unidos, en las calles de Los Ángeles. Sus líderes fueron deportados y se trasladaron a El Salvador, y replicaron una organización similar, una organización por supuesto de naturaleza criminal, que operaba acá en los Estados Unidos, la replicaron en nuestro país.

Yo quiero agradecer a las autoridades estadounidenses, a los organismos multilaterales de crédito, a los tanques de pensamiento y otras instituciones que también facilitaron la labor que llevó a cabo esta comisión acá en los Estados Unidos.

Porque ese viaje tuvo un propósito como ahora también aprovecho esta oportunidad, quitar lo que yo diría las telarañas, los sabios, muchas veces ideológicos, frente a una estrategia que probablemente no ha sido debidamente comprendida, a pesar de los resultados que nos ha traído.

Y aprovecho también la oportunidad para hacer llegar públicamente acá en los Estados Unidos, en su capital, mi solidaridad a las familias de las víctimas, al Presidente Obama y a su gobierno, por los desgraciados sucesos acaecidos en Boston.

Y según me contaron, hoy en la mañana también la tragedia ocurrida en Texas, que sacude nuevamente al pueblo estadounidense.

Lamentamos profundamente ambos sucesos y enviamos desde acá nuestras condolencias, en nombre del gobierno de El Salvador y del pueblo salvadoreño, a las familias de los fallecidos.

La creciente expansión de la violencia y la inseguridad ciudadana, así como las actividades terroristas, son fenómenos que padecen y combaten, en menor o mayor magnitud y con distintas metodologías, todos los países del mundo.

Son fenómenos globales que nos conmueven; que ocupan, sin lugar a dudas, la mayor atención de los gobiernos en virtud del impacto económico, social y cultural que producen en el seno de nuestras sociedades.

Solo en El Salvador, el problema de la inseguridad ciudadana representa una de las principales, sino la más importante, preocupación que tienen los ciudadanos.

Podríamos decir que estos fenómenos constituyen –hoy- el signo distintivo de la sociedad mundial de inicios del siglo XXI.

Nuestra temática, en esta oportunidad, me llevará a enfocarme en las manifestaciones más comunes y cotidianas a nivel continental, como son la delincuencia generalizada, el narcotráfico, el tráfico de armas, de personas, la prostitución de menores, el lavado de inmensas sumas de dinero, etcétera, etcétera.

Y me enfocaré en dos problemáticas enlazadas con estas manifestaciones delictivas: me refiero, por una parte, a la corrupción de las instituciones del Estado; y por otra, a la drogodependencia, que es la enfermedad que mueve al consumo de estupefacientes y que es, por supuesto, un gran negocio a nivel mundial.

Según cifras que siempre son relativas, en la ruta centroamericana y del Caribe, solo el narcotráfico, el año pasado, movió más de 100 mil millones de dólares.

Por lo tanto no es preciso que describamos la realidad del tráfico de drogas, que todos la conocen, estos seguro, demasiado bien.

Pero cuando vemos las series televisivas colombianas, por ejemplo, nos entra la duda de si la ficción copia la realidad o la realidad a la ficción.

Por eso es que también saludo al General Naranjo, a quien tuve oportunidad de conocer en un evento de policías que se realizó en El Salvador.

El entramado que los grandes cárteles de la droga han tejido en nuestras sociedades es expandido y muy fuerte.

Cualquiera de esos grandes cárteles mueven más dinero y poder que cualquiera de los pequeños países de Centroamérica y el Caribe, y eso ustedes bien lo saben.

En esas series televisivas -yo soy muy aficionado a las series colombianas, a tal grado que fue uno de los regalos que me hizo el Presidente Santos, cuando llegué hace poco a verle- ahí vemos jueces, políticos, fiscales, empresarios, periodistas vinculados estrechamente a las estructuras criminales.

Es una realidad de la cual ninguno de nuestros países en la región centroamericana está exento.

Estas estructuras financian partidos y candidatos e invierten sus inmensas ganancias en el circuito financiero y productivo de nuestros países.

Para usar una metáfora muy conocida: estamos durmiendo con el enemigo.

Por eso es de tanta importancia que instituciones de prestigio como el Banco Mundial y el BID promuevan este tipo de foros que no sólo despiertan conciencia, sino que también ayudan a comprender mejor la naturaleza de esta problemática.

Hay otro aspecto de este fenómeno de la inseguridad y la violencia: las armas, el negocio de las armas.

Vivimos en un mundo cada vez más armado. Tanto es así que nos parece un paisaje de lo más normal ver guardias armados en las calles.

Solo en El Salvador tenemos, para que comparen números relativos, cerca de 23 mil efectivos policiales, más unos 14 mil más efectivos militares, pero tenemos entre unos 25, 28 mil guardias de seguridad privada.

El siglo pasado atravesamos dos grandes guerras y decenas de otras de alcance más reducido, que dejaron millones de muertes.

Y cuando parecía que habíamos superado el fenómeno belicista, nos vemos inmersos en otro tipo de violencia, tan asesina, tan expandida como aquellas.

Hoy, cada día, los muertos por causa de la inseguridad ciudadana, se cuentan por miles. Y de esos asesinatos, la inmensa mayoría se cometen con armas de fuego.

Hoy tienen armas los cuerpos de seguridad pública pero también los cuerpos de seguridad privada; como insisto, en base al ejemplo que ponía, solo en El Salvador hay más agentes de seguridad privada que policías, que efectivos policiales en la calle.

Pero tienen armas también los comerciantes, los empresarios, los vecinos de cualquier barrio de cualquier ciudad de cualquier país.

Y, por supuesto, tienen armas cada vez más sofisticadas los delincuentes.

Convivimos con ejércitos urbanos cada vez más grandes que hacen de las armas no solo un símbolo de seguridad, sino de poder y de miedo.

Peo este poder se vuelve necesariamente perverso; se vuelve símbolo de destrucción y muerte porque las armas son herramientas para perpetuar el crimen.

Pensemos entonces un instante en qué efectivo control puede tener el Estado de una sociedad con un desmesurado acceso de ciudadanos a las armas; con un mercado cada vez más creciente de narcotráfico; y con manifestaciones cada vez mayores de drogodependencia, es decir de patologías sociales extremas.

No hay que imaginar mucho: todos los días vemos los efectos de esta mortal combinación.

La pregunta que nos surge es: ¿Hasta dónde debemos llegar para tomar cabal conciencia de lo que estamos viviendo?

Sólo puedo hablar de mi país, de El Salvador, y de mi región Centroamérica, con cierto conocimiento real de estos fenómenos.

Nos hemos convertido en un corredor del narcotráfico, la ruta entre los países productores de América del Sur y los grandes consumidores de América del Norte.

Dicen que el cinco por ciento de la población mundial consume drogas y aún esta cifra me parece conservadora.

Pero déjenme decir que de ese porcentaje, América Central apenas consume una ínfima parte pero pone la mayoría de los muertos.

Y de este triste panorama forma parte El Salvador, por supuesto.

En El Salvador, también convivimos con ejércitos urbanos, con estos fenómenos y con sus consecuencias.

El siete por ciento de nuestra población está armada y más de la mitad, de manera ilegal.

También muchos de nuestros jóvenes han sido víctimas de la criminalidad, también nuestras mujeres, niñas y niños se han vuelto las presas predilectas de la trata de personas.

Además, tenemos el triste privilegio de contar con un fuerte fenómeno que no se ha manifestado con la misma fuerza en otras partes del mundo.

Me refiero al fenómeno de las pandillas o maras, que encontraron en El Salvador, primeramente, y en otros países de Centroamérica, después, el terreno fértil donde asentarse y prosperar.

¿Por qué hago referencia a esto?

Veamos un poco la historia de estos grupos.

Las pandillas surgieron, como ya les decía antes, como pequeños grupos antisistema en las calles de Los Ángeles. Al menos las dos principales de ellas, la M18 y la MS o Mara Salvatrucha.

Estos primeros miembros de pandillas, en los años ochenta y noventa, llegaron a nuestro país tras una serie de deportaciones desde Estados Unidos, adonde habían emigrado básicamente a causa de la guerra civil.

En esa época, en los años 90, a principio de los 90, en nuestro país se hablaba de grupos que no pasaban de unos 500 miembros y que tenían una escasa, yo diría una ínfima presencia territorial.

Pero las pandillas con el tiempo y muchas veces ante ojo vista de las autoridades de Seguridad Pública se fortalecieron en un ambiente donde existían altos niveles de desigualdad, pobreza y marginalidad y, también, de una clara debilidad institucional; donde había sistemas educativos muy débiles e insuficientes; donde los más pobres y vulnerables –entre ellos las mujeres, los niños y niñas, los jóvenes- cada vez eran más excluidos y olvidados por el Estado.

En este terreno, la labor de reclutamiento de las pandillas proliferó, cooptando a jóvenes y adolescentes de los sectores más desfavorecidos.

Poco a poco, esas pandillas crecieron, expandieron su accionar en el territorio e incrementaron su acción delictiva.

Fueron creciendo, insisto, ante la mirada pasiva de las autoridades que gobernaron en el país desde los años noventa.

Fueron creciendo insisto ante la mirada pasiva de las autoridades que gobernaron en el país desde los años noventa.

Hoy, esas organizaciones que a principios de los 90 contaba con 500 elementos aproximadamente con una escasa presencia en el territorio nacional, hoy esas organizaciones cuentan con más de 60 mil miembros, la inmensa mayoría jóvenes y adolescentes pobres y están delegados en todo el territorio nacional.

Luchan diariamente por el control del territorio y por el predominio en el control del narcomenudeo.

El Salvador llegó, hasta comienzos del 2012, a contar 13, 14 en incluso a veces más muertos por día. La inmensa mayoría de los cuales eran pandilleros. La inmensa mayoría, más del 90 por ciento de esos asesinatos eran cometidos por pandilleros, contra pandilleros.

Se mataban –y se siguen matando, incluso aunque por supuesto en menor medida- entre ellos.

Es una guerra que se ha venido librando sordamente, ante la mirada impávida de las autoridades.

Eso lo denunciábamos al llegar nosotros al gobierno en el año 2009.

Hay que decirlo: no teníamos políticas claras, políticas serias. No teníamos idea de la magnitud del fenómeno. Incluso el fenómeno se invisibilizaba.

Cuando asumimos el gobierno se decía erróneamente que había 20 mil pandilleros en el país. Había un claro subregistro de estas cifras, probablemente por algún interés.

Porque estamos seguros que no había 20 mil, había mucho más. Había tres veces más. Había 60 mil pandilleros

Nosotros ocupamos los primeros meses del gobierno para poner esa realidad a la vista de todos, para conocer la magnitud del fenómeno que íbamos a enfrentar, a combatir, para delinear una estrategia integral que fuera capaz de combatir eficazmente a la violencia y a la delincuencia.

A finales de 2009 formulamos nuestra Política Nacional de Justicia, Seguridad Pública y Convivencia, que es la que aplicamos desde entonces a la fecha.

Y basamos esa política en cuatro ejes:

Persecución y represión del delito. Fue necesario por lo tanto reordenar y depurar el aparato de seguridad, vincular nuestras inteligencias tanto la policial, como la militar; como la Inteligencia del Estado,

fue necesario incrementar el número de efectivos policiales y tomamos una medida audaz en ese momento como comprendida: incorporamos al Ejército a esta buena batalla por la seguridad. Por qué digo poco comprendida? Porque en virtud de los Acuerdos de Paz que se firmaron en 1992 el 16 de enero, las labores de seguridad pública se separaron de las labores militares, de defensa de la soberanía y el territorio nacional, y ambas labores quedaron adscritas a ministerios diferentes: el Ministerio de la Defensa y el Ministerio de Seguridad que bajo nuestro gobierno se conoce como Ministerio de Justicia y Seguridad.

Por lo tanto la Policía hoy conocida como Policía nacional Civil, dejó de ser un cuerpo militar dependiente de la jerarquía militar. Unos seis mil efectivos en ese entonces se sumaron como apoyo de la Policía Nacional Civil, es decir cuando decidimos la aprobación del decreto ejecutivo que permitió el involucramiento del ejército en labores de apoyo a la Policía Nacional Civil.

En esos momentos unos 6 mil efectivos se sumaron como apoyo a la Policía Nacional Civil, quien es quien en realidad conduce la represión delictiva.

El segundo eje de la Política es la Prevención. Y este me parece que es uno de los más importantes donde los organismos multilaterales han contribuido. Hay que decir que no existían al momento en que asumimos el gobierno, políticas de prevención extendidas y ciertas.

Hoy hemos hecho de este aspecto el eje central de nuestra política y puedo decir, con toda seguridad, que es el eje que ha permitido que el éxito alcanzado por el país en esta materia.

Ya lo voy a explicar, solo quiero mencionar el tercer eje que es el Fortalecimiento Institucional.

Hubo que iniciar un proceso de limpieza interna en la Policía y en las cárceles porque encontramos instituciones permeadas por las estructuras delictivas.

Naturalmente, el Ministerio Público y el Órgano Judicial son jurisdicciones ajenas al gobierno, en El Salvador por ordenamiento constitucional el Ministerio Público o conocido también como Fiscalía General de la República no lo nombra el Presidente de la República, lo nombra, la Asamblea Legislativa y es una entidad con una jurisdicción aparte y lo mismo el Órgano Judicial, los jueces de la Corte Suprema de Justicia tampoco son nombrados por el Presidente de la República sino que son nombrados por los diputados y diputadas por mayoría calificada. Allí también se ha hecho necesario realizar un fuerte proceso de limpieza y fortalecimiento para garantizar el fiel ejercicio de la justicia, que en mi opinión lamentablemente no ha sido tan fuerte, ni ha caminado al ritmo como ha caminado la depuración de la Policía nacional Civil, que depende directamente del Gobierno de la República.

Está en marcha el proceso, es muy importante que no se descuide, pero todavía tienen grandes déficit..

Y por último, el cuarto eje de esta política nacional, ha sido la reinserción de la población carcelaria.

Yo diría que en este sentido, hemos hecho entonces una gran limpieza de agentes que trabajaban directamente para los delincuentes o más bien que trabajaban directamente para los delincuentes, hubo necesidad de destituir a la casi totalidad de los agentes carcelarios o agentes de seguridad penitenciaria y crear una escuela penitenciaria que permitiera la formación de estos agentes, bajo un nuevo espíritu, bajo una nueva filosofía.

Las cárceles en realidad, eran la base de operación de los cabecillas de las pandillas.

Desde ahí los cabecillas presos dictaban las órdenes y controlaban el narcomenudeo, controlaban las extorsiones que les producen importantes ingresos y hasta planificaban secuestros.

A las visitas entraban familiares, amigos, prostitutas; sacerdotes, abogados, entraban teléfonos celulares, chips, drogas, armas de fuego, armas blancas, etc., etc.

También por supuesto que tenemos que profundizar este proceso, no está concluido y, a la par tenemos que invertir grandes sumas, nuevas cárceles, no es porque nosotros pensemos que las cárceles sea la solución al problema, pero la cárcel también puede convertirse en una escuela de perfeccionamiento a la actividad criminal, que si no se combate esta orientación que han tenido en muchos de nuestros gobiernos entonces, al final es poco lo que avanzaríamos en la solución del problema, necesitamos mejor infraestructura, mayores servicios, una verdadera profesionalización del servicio penitenciario y por lo tanto una auténtica política de reinserción del reo, una vez cumpla su condena a la sociedad.

La labor represiva de la Policía con la ayuda de la Fuerza Armada generó una importante alza en la cantidad de operativos de investigación, detenciones, desarticulación de bandas criminales, incautaciones de droga, etc.

Sin embargo, este esfuerzo requiere, el papel protagónico de los jueces y fiscales, que no muchas veces acompañan la labor de los policías.

Debemos cambiar la realidad que la sabiduría popular ha expresado en el país con la frase: “los delincuentes entran por una puerta porque los captura la policía, pero salen por la otra porque lo ponen en libertad los malos jueces.

Y aquí, la sabiduría popular se está refiriendo a los vacíos legales y judiciales que aún hacen que solo una mínima cantidad de las detenciones culminen con condenas justas. El 2%, para ser preciso, el 2 por ciento de las detenciones terminan en condenas. Ya ven ustedes entonces la titánica tarea que tenemos que llevar adelante.

Ahora bien:

Y en esto es donde me quiero centrar. En marzo del año pasado, en marzo del 212, se produjo lo que yo llamaría un punto de inflexión en la aplicación de esta política que ha cambiado el panorama de seguridad en nuestro país.

Me refiero a la tregua entre pandillas rivales que comenzó justamente en marzo del año pasado.

Se trata de un proceso inédito, en el que los líderes de las pandillas decidieron por voluntad propia poner un alto a los asesinatos entre sí y a acabar con el delito como forma de subsistencia.

En este hecho, ha jugado un rol decisivo, hay que reconocerlo, la mediación de la Iglesia Católica, a través de la persona del Obispo castrense Monseñor Fabio Colindres y, también, de un ex miembro del FMLN, de la Guerrilla salvadoreña Raúl Mijango que es en estos momentos un líder o un dirigente social, de una organización de la sociedad civil.

Qué papel jugó el gobierno en este proceso? El de facilitador de las condiciones y el ambiente para que ese diálogo y esa tregua alcanzada se produzcan y se mantenga.

No es el gobierno el que se ha sentado a negociar con los líderes de pandillas, el gobierno lo que ha creado es las condiciones que han facilitado que este proceso se profundice, y lo hicimos así porque vimos en la tregua una oportunidad para nuestro país como de hecho ha ocurrido.

Las cifras lo atestiguan: los homicidios en El Salvador en un año han bajado en un 52 por ciento.

Fíjense bien: En el primer trimestre de 2012 antes de esta tregua reportábamos 1,069 homicidios, durante el mismo periodo es decir, el primer trimestre de este año se han contabilizado 554 homicidios ¡Un poco más de la mitad!

Estos datos llamaron inmediatamente la atención internacional, en particular de la OEA, que tomó un compromiso fuerte en este proceso.

Para ser más claros, Antes de la tregua en El Salvador se cometían 12 a 14 asesinatos por día, un año después de la tregua se cometen aproximadamente un promedio de 5 asesinatos por día, de esas cifras que nos compartía el Presidente Moreno de más de 300 asesinatos diarios ocurridos en la región, nosotros contribuíamos con 15 asesinatos por día. Ahora lo hacemos con 5 asesinatos, no digo que se ha solucionado el problema, pero obviamente que la cifra es significativamente menor.

Antes de la tregua cuando yo asistía a foros de esta naturaleza, me invitaban justamente porque el país era el segundo con la mayor tasa de homicidios en el mundo. Hoy al menos entiendo el espíritu de la invitación, no lo han hecho por la tasa de homicidios que ocurren en el país, sino que lo han hecho por la reducción de los homicidios.

Entonces es diferente presentarse ante un foro tan distinguido como este, ya no como el país con una de las tasas más altas de homicidios en ese entonces solo superada por Honduras sino que por una tasa yo diría que es el promedio de América Latina, de 67 homicidios por cada cien mil habitantes, pasamos a tener 30 homicidios por cada cien mil habitantes y en algunos casos 22 homicidios por cada cien mil habitantes.

Por supuesto que estos números cambian por completo el panorama de El Salvador y se han reducido otros delitos asociados a la actividad delincuencia de las pandillas, además de los homicidios.

Un porcentaje mínimo aun pero al menos que marca una ruta a seguir y que el camino que estamos tomando es el adecuado, me refiero a las extorsiones, a los robos y a los hurtos que también se han visto reducidos.

Antes estábamos más cerca de los países con tasas de violencia elevadas, como la vecina Honduras y la vecina Guatemala.

Ahora, estamos más cerca de aquellos con menores tasas de criminalidad.

Vean algunos datos comparativos:

En el primer trimestre de este año, en el primer trimestre del 2013, Honduras reportó 1,552 homicidios y Guatemala reportó 1,570 homicidios.

Costa Rica 97, Panamá 200. El Salvador, en estos tres meses contabilizó 554 homicidios.

Esto es un hecho histórico, se le mire por donde se le mire y nos coloca también ante la inédita oportunidad – como dije antes- de llevar a cabo una fuerte tarea de prevención del delito, centrada sobre todo en los jóvenes.

Esta estrategia se basa, fundamentalmente, en brindarles más oportunidades personales y en hacerles protagonistas del desarrollo en sus comunidades.

Estamos conscientes de que una tregua pactada entre dos pandillas rivales, que son las responsables de la mayor cantidad de homicidios que se cometen en el país, que son las responsables del narcomenudeo y de las extorsiones que se realizan, una tregua no es la solución, pero sí crea un ambiente diferente para intentar otras soluciones que son de fondo, integrales, de carácter estructural.

No le apostamos únicamente a mantener la tregua, dependiendo de la voluntad de los que la han pactado. La hemos facilitado y hemos creado condiciones para que esta dé resultados como los que hemos obtenido en un año.

Pero necesitamos darle una base de sustentabilidad y eso solo se puede hacer, creando oportunidades de empleo, de educación, de acceso a un mejor nivel de vida a nuestros jóvenes, que hasta ahora han tenido solo dos caminos: o migrar acá a los Estados Unidos en busca de oportunidades, que el Estado salvadoreño no es capaz de asegurarles en su propio país o meterse al mundo criminal de las pandillas, como una forma de sobrevivencia.

Los jóvenes, en este plan que hemos diseñado, reciben educación en protección civil, que les permite ser líderes en sus comunidades en casos de emergencias o desastres naturales.

Reciben por otro lado, capacitación, oportunidades para continuar con sus estudios para que estén más preparados para la vida laboral y se desarrollen de manera integral.

Ya tenemos varias experiencias en algunos municipios, que esperamos se extiendan a todo el país, una vez contemos, por supuesto, con mayores recursos.

Todo esto va de la mano de una fuerte inversión en materia social, que brinde a las madres jefas de hogar, en su mayoría, madres solteras, a los adultos mayores, a las mujeres, a los niños, las herramientas y los recursos que año tras año en gobiernos anteriores se les negó.

Y voy a detenerme un instante en este punto, que es esencial para comprender las razones de esta tregua y la oportunidad que se abre en El Salvador.

Delitos como la extorsión, el robo y el hurto, constituyen el modo de vida de estas decenas de miles de jóvenes.

De esa manera se mantienen y ayudan a mantener a sus familias.

Son los ingresos que les permiten subsistir.

La tasa promedio de incorporación a las pandillas ha tendido a descender, porque esa es una manera de esquivar la ley. En la medida en que existe una ley minoril, una ley que protege al menor edad y no tiene el rigor de la ley que se aplica a los adultos, el rigor penal.

Pero también porque es una manera de ayudar a sus familias, son los ingresos que les permiten subsistir. Quienes se dedican al narcomenudeo o a realizar extorsiones o robos o hurtos, es porque es la manera como pueden mantener sus familias.

En la medida en que el gobierno desplegó una política social sin precedentes, que ha determinado la mayor inversión social de la historia de nuestro país, se abrieron más posibilidades para los jóvenes.

La posibilidad de un presente y un futuro distintos se ha abierto en la medida en que también se abrieron oportunidades a sectores que en el pasado fueron invisibilizadas. Y en este caso me refiero a las madres solteras, a los adultos mayores, en general, a las familias más pobres y excluidas.

En la medida en que se afianzaron esas políticas, los propios líderes de las pandillas entendieron que se abría paso una nueva realidad en el país y que de ahora en más, las oportunidades deben darse en el campo de la legalidad y no del delito.

Además, diariamente han ingresado e ingresan decenas de pandilleros a las bartolinas de la Policía por la tarea más eficiente del Estado en materia de represión del delito y la inteligencia policial.

Todo ello derivó en la tregua que abrió este nuevo proceso en nuestro país.

Antes existían –de arriba hacia abajo, desde el gobierno hacia la sociedad- prejuicios y visiones ideológicas estrechas que sembraban la idea de que un ser humano, por la sola condición de nacer en la pobreza, no tenía derechos.

El cambio de paradigma, en ese sentido, que impuso nuestro gobierno abrió el camino hacia una nueva etapa en el país, y esa nueva etapa incluye a toda la sociedad, pero esencialmente a los sectores excluidos.

Ahora, a poco más de un año de establecida la tregua, la comunidad internacional y sectores internos del país reclaman al gobierno una actitud más protagónica para afianzar este proceso de pacificación.

Antes de venir acá, ayer me reunía con la Corporación de Municipalidades de El Salvador, conocida por sus iniciales como COMÜRES, que aglutina a todos los alcaldes del país, son 261 municipios, son 262 alcaldes y alcaldesas, su junta directiva me planteaba que las reuniones que se están realizando en sus municipios son inéditas, ahora los pandilleros se reúnen y luego llegan con un pliego de peticiones al alcalde y todas esas peticiones tienen que ver con oportunidades de educación y empleo, solicitan crédito para montar cooperativas, para montar pequeñas fábricas, fabricas familiares de calzado, de ropa, aprovechando que tenemos un programa gubernamental donde le damos gratuitamente a un millón 300 mil estudiantes provenientes en su mayoría de escuelas pobres del país, dos uniformes un par de zapatos y útiles escolares de forma gratuita.

¿Quiénes nos proveen de esos uniformes y de esos zapatos? No una o dos empresas, sino que miles de pequeñas emprendimientos, fundamentalmente de pequeñas y microempresas. Ellos quieren formar parte de esas empresas.

En ese sentido vamos anunciar una serie de acciones en los próximos días y programas a desarrollar en municipios que se han sumado a este proceso y que hemos dado en llamar “Municipios libres de violencia”.

Allí se re direccionarán fondos y acciones para afianzar este proceso que está cambiando la realidad de la seguridad en El Salvador.

Y cuál es la visión que está a la base de este esfuerzo?

Como gobierno pretendemos dar una respuesta institucional.

A las demandas planteadas por los líderes de pandillas tenemos que darles una respuesta como Estado pero también como sociedad, esa respuesta señores y señores no se llama negociación, no estamos negociando con las pandillas. Porque los derechos que les asisten a ellos como salvadoreños y como ciudadanos aun cuando sean ciudadano, la mayoría enfrentados a la ley, son derechos inalienables, como salvadoreños tienen derecho

a la educación, tienen derecho al trabajo y por lo tanto no estamos negociando con ellos. Les estamos satisfaciendo necesidades que los van a sacar del mundo criminal de las pandillas.

Estamos convencidos que el mejor antídoto contra la violencia y la delincuencia son las políticas sociales que buscan prevenir hechos delincuenciales, en tanto concedemos oportunidades a los jóvenes en situación de riesgo, oportunidades para estudiar y encontrar una opción de ingresos que no sea más la actividad delictiva.

Y de eso se trata: de darle sostenibilidad a una tregua que no puede estar sometida como he dicho a la voluntad de las partes sino a una respuesta institucional y estructural que comience a desmontar las causas de la violencia delincencial en nuestros países.

Estamos a tiempo, estamos a tiempo y es una oportunidad que no podemos desaprovechar.

Las pandillas en El Salvador, integrada por 60 mil miembros, en su mayoría jóvenes, aun cuando son estructuras organizaciones para delinquir, no han evolucionado hasta al punto tal de convertirse en estructuras criminales como los cárteles de la droga.

Sus líderes no tienen los niveles de acumulación ni de riqueza que caracteriza a los capos de la narcoactividad.

Los cárteles de la droga han logrado tal nivel de acumulación de riqueza donde los estados se vuelven impotentes en competir contra ellos.

Por lo tanto, nosotros tenemos la oportunidad y la capacidad de ofrecerles una opción económica rentable que nos aleje de una vez por todas del mundo criminal.

En términos generales, un pandillero por dedicarse al narcomenudeo o por dedicarse a cobrar lo que ellos llaman una renta que es una extorsión o por dedicarse al robo, al hurto, tendrá en promedio unos 600 o 700 dólares al mes.

Sustituir ese ingreso para un estado, incluso con pobres recursos y para un país de renta media, no es complicado.

Amigos y amigas:

Antes de finalizar esta intervención, quiero llamar la atención en torno de otro punto que apenas he tocado en esta exposición.

La droga no sería un negocio -un negocio de exterminio en todo sentido- sin los millones de consumidores que mantienen este tráfico de drogas que promueve el delito y la violencia en nuestros países.

El drogodependiente, el consumidor diario y permanente de marihuana o más aún de cocaína y otros estupefacientes, es el sostén de esta ruta de delito y muerte.

Disminuyamos drásticamente el consumo y no tendremos el tráfico de droga que hoy genera mayoritariamente este fenómeno al que nos estamos refiriendo. Es así.

Pero vean ustedes:

De nada servirán los esfuerzos que estamos realizando como país y como región, si nos dejan librar esta batalla, solos, en soledad.

Nosotros nos sentimos acompañados y ayudados. Pero creemos que hay un déficit en la labor que internamente hacen los países con los más altos niveles de consumo de drogas.

Es necesario el involucramiento activo de esos países.

No es posible combatir el narcotráfico si antes Europa y Estados Unidos no tratan con total profundidad el tema de la drogodependencia, el tema de sus millones y millones de adictos.

Es un hecho que mientras exista mercado, existirá droga y existirán los cárteles asesinos, existirán los miles y miles diarios de muertos que genera esta enorme industria que enriquece a pocos y mata a miles.

Mientras no se aborde con verdadera profundidad esta problemática, toda estrategia para contrarrestar el narcotráfico será infructífera.

En El Salvador, ténganlo por seguro, tienen un ferviente aliado en esta lucha que solo puede beneficiarnos a todos.

Agradezco entonces la atención brindada a esta exposición, por supuesto también les agradezco el interés que muestran en el tema de la seguridad ciudadana, que afecta a la región latinoamericana y particularmente nuestro país.

Muchas gracias.